

La teoría del vacío literario en los cuentos de Julio Calviño

Cuando Calviño publicó su *Teoría del Fracaso* en octubre de 1986 decidió romper con su silencio tantos años guardado y mostrar tímidamente su filiación cainita. Pero cinco breves cuentos apenas si provocaron respuesta. Sólo la prensa local se hizo eco del libro. Y nada más. *Teoría del Fracaso* quedó encerrado en las lindes de una de las ciudades de menor infraestructura cultural de Europa. Y ahora el poeta Calviño se decide a publicar un segundo libro de cuentos al que ha titulado *Del cero y sus múltiplos*. ¡Magnífico! Sin embargo, arrastra un gran problema: haber aparecido en la Colección Puerta del Mar, perteneciente al Área de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Málaga. Lamentable ya para siempre, sobre todo si se tiene en cuenta que *Del cero* es un hermoso libro de cuentos, cuya singularidad artística le permite inaugurar vías inéditas de creación literaria en el panorama de la reciente narrativa española. La distancia entre el autor y lo narrado pulveriza todo brote sentimentalista, melodramático o emotivo de entender la forma artística, y exige al lector un gran esfuerzo, porque Calviño golpea secamente una realidad considerada por todos nosotros como estúpida, pero de la que somos cómplices y de la que nos servimos para medrar una y otra, y otra vez. Pero entremos en su mundo. El mundo del *cero*.

En 1888, un año antes de hundirse definitivamente en el abismo de los sueños, Nietzsche se disponía a profetizar sobre el futuro de los dos siglos siguientes. Nuestra cultura europea, decía, se agita desde hace mucho tiempo con una tensión torturante, aumentando su angustia de década en década, como si se encaminara hacia una catástrofe. Lo que sucederá es *la llegada del nihilismo*. Y, efectivamente, hace cien años que el nihilismo comenzó a instalarse en Occidente. Primero, mediante fórmulas decadentistas y movimientos de vanguardia que destacaban la falta de sentido («nosotros, que veneramos a los dioses, y en los cuales no creemos...»); después, la nada se instaló en la conciencia, en la inmanencia absoluta y en la subjetividad pura del *cogito*; y ahora, cuando el anterior enunciado de Sartre parecía haber estado acorralado durante cerca de dos décadas por el impulso arrollador del pensamiento fuerte, un nihilismo prosaico —presente hoy en nuestro entorno más inmediato— invade el espacio de los cuerpos y reclama un lugar en las relaciones intersubjetivas y en los modelos de conducta.

No hemos hecho más que comenzar a conocer este nihilismo prosaico, cuando ya se vislumbra su sustitución, pues se da la circunstancia —¡extraordinaria suerte para la literatura española!— de que *Del cero* hace pedazos los fundamentos de este nihilismo prosaico. ¿Adónde llegaremos? No lo sé. Pero sí puedo entender que Calviño llene de vigor y enaltezca la vía del *pensiero debole*. La debilitación del ser está detrás de cada página *Del cero*. ¡Y eso es tan ejemplar! Alguien dirá que la fórmula fue ya previs-

ta por Nietzsche: «El instinto del rebaño —un poder que hoy se ha hecho soberano— es algo fundamentalmente diferente del instinto de una sociedad aristocrática: depende del valor de las unidades el significado de la suma... Toda nuestra sociología no conoce ningún otro instinto que el del rebaño, es decir, el de la *suma de los ceros*, en que cualquier cero tiene los "mismos derechos" en un lugar donde es una virtud ser un cero». La suma de los ceros, los múltiplos de cero... ¿qué clase de valor es ese? El fracaso, la muerte, la vigilancia, el orden que anula y somete, la nada, el hueco... ¿acaso no son múltiplos de cero? Sin duda. Pero si Calviño se hubiera detenido ahí, su libro sólo sería importante para el círculo de sus amigos, ya que cada uno de estos ceros puede divisarse detrás del nihilismo prosaico, material y cotidiano.

Decía Vattimo que lo que ocurre hoy respecto del nihilismo es que comenzamos a ser, a poder ser, nihilistas cabales, es decir, aquel que comprendió que el nihilismo es su (única) *chance*. ¿Y cómo comprender que nuestra (única) oportunidad es ser un nihilista consumado? A mí me parece que sería inservible una simple expansión de este nihilismo, aunque ésta tuviera un carácter excluyente; y tampoco serviría incorporar a nuestro entorno objetivo todo indicio de materialidad corporal. Las fórmulas clásicas de cualquier materialismo o agnosticismo resultan claramente insuficientes. Pero saber del absurdo eterno, de la ausencia de finalidad de la naturaleza, volteando una y otra vez el carácter ficticio de la realidad inmediata y retornando inevitablemente sobre sí, sin llegar a un final en la nada: el eterno retorno... Saber —desde la preeminencia social que supone ser artista en nuestro entorno— y comprender que el absurdo eterno es el efecto conceptual de exprimir el ser y, entonces, colocado como un dios encima de la escritura, proclamar el sujeto cero, estar contra el sujeto en tanto que categoría que dignificó todo sometimiento y toda represión moderna, y creer al mismo tiempo en la imagen de un sujeto libre y, por tanto, inexistente, pero necesario para poder crear de la nada, del cero, y poder volver de nuevo a ella misma... ese es el objetivo de Calviño. A este nihilismo patético, del que la muerte y el fracaso y el sexo y la bestia constituyen su vertiente prosaica, lo voy a denominar *nihilismo de socavón*, y su efecto más inmediato es el abismo, el hueco, la nada literaria. Calviño abre así una brecha profunda en la historia reciente de la literatura española que yo quiero conceptualizar con el nombre de la *teoría del vacío literario*. El vacío literario es aquel espacio del que hablaba Blanchot, justo cuando el ser desaparece en el horizonte y su huella que es la nada, consigue hacerse literatura. Invirtamos aquella representación de Blanchot («el poema —la literatura— parece ligado a una palabra que no puede interrumpirse, porque no habla: *es*»), olvidémonos de la experiencia de Mallarmé y pensemos en la posibilidad de una realización del poema en la que la palabra no sea apariencia de algo que haya desaparecido. Confiemos más bien en que detrás de la palabra sólo existe la huella de su propia negación. Al mirar no encontraremos nada o, quizá mejor, encontraremos un inmenso vacío. Ni que decir tiene que quien identifique este vacío con cualquier otra nada, la de Sartre, por ejemplo, ni me habrá entendido ni tampoco habrá comprendido la sensibilidad profunda, el dolor sublime existente detrás de cada página de ese hermoso libro que es *Del cero y sus múltiplos*.

Calviño divide su libro en tres partes: la historicidad de la muerte, la microfísica del poder y los futuros hipotéticos. Si dirigiéramos a *De cero* una mirada furtiva, proba-

blemente captaríamos en la historicidad todo el agotamiento del *cogito*, veríamos después cómo el Poder lleva a cabo toda la represión del sujeto y, finalmente, se adueñaría de nosotros ese *futuro* incierto que provoca toda intercomunicación entre sujetos (futuro irrealizable, en lugar de incierto, hubiera dicho yo), más aún cuando uno enseña y su Otro viene dado por bestias que galopan. Pero esta mirada es demasiado simple para que deje de ser furtiva. Así jamás hubiera podido *Del Cero* conseguir el vacío literario. El vacío literario surge cuando un tiempo circular (retorno del absurdo infinito) causa la detención de un sujeto que, por más que transgrede un orden, fracasa y muere hasta convertir su nada en literatura.

La historia de la muerte es el momento en que acaba mi conciencia (la conciencia) de sujeto (Sujeto) de la historia; entonces hay un punto a lo lejos en el que convergen mi experiencia personal y el final de un proceso objetivo. Y ese punto (realmente yo no puedo morir sin que todo el mundo muera) es la muerte. Su historicidad es, pues, la historia de un fracaso. Fracaso metafísico (sin posibilidad de superación histórica) y fracaso personal (cuando yo muera, muere lo más importante de mí mismo). Por eso el primer libro de Calviño tuvo que denominarse *Teoría del Fracaso*. Detrás latía, tembloroso, aquello que era la *nada* de Heidegger, la finitud de la temporalidad que constituía el fundamento oculto de la historicidad del *ser ahí* y, por tanto, la ligadura del *ser ahí* con todo destino individual. Cuando mi destino es la muerte, yo necesariamente me dirijo hacia el fracaso. Quizás el cuento que mejor revela este fracaso sea *El fin del mundo* (la cita de Malraux: «La Muerte trueca la vida en Destino» no es casual). Los dieciséis gatos suicidados —el gato de la mirada dulce, la gata siamesa, la gata tuerta...—, prendidos de los cables de la luz, ahorcados, estranguladas sus cabezas por los filamentos, y las ratas devorando las orejas y parte de las patas. Independientemente de que la zoomorfia de Calviño nos lleve siempre a la letra escrita y a la literatura como discurso y que el suicidio de los gatos remita en última instancia a la muerte del arte, lo importante es la ligadura de la muerte con el destino. Aquí es verdad aquello que decía Sartre: la historia de una vida, cualquiera que fuere, es la historia de un fracaso, y no era necesario nacer obrero francés, sifilítico por herencia o tuberculoso. Y es verdad porque, como quería Heidegger, el *ser ahí* tiene fácticamente en cada caso su historia y puede tenerla porque el ser de este ente está constituido por la historicidad. Y, claro, el observador de la muerte de los gatos ya nunca sería capaz de liberarse de esa congoja, a no ser que en un último acto de coherencia se decidiese a programar su propia muerte. El esplendor de Calviño es excepcional. La muerte de los gatos, la muerte del arte va ligada fácticamente a mi propia muerte. No cabe hablar más que de fracaso.

Calviño llama a la segunda parte de su libro *Microfísica del Poder*. El subtítulo es el conveniente, porque ¿cómo la teoría del vacío literario podría arrastrar su nihilismo de socavón sin ser una genealogía? Todo aquel que haya tenido la suerte de leer a Nietzsche y a Foucault sabe bien que la genealogía precisa de la historia y, sin embargo, no necesita salir a buscar el origen de los valores. El segundo cuento de la *Microfísica del Poder* define a su protagonista. Calviño lo titula *La prosa del mundo*, y cuando terminé de leerlo no pude menos que acordarme del Nietzsche genealogista: «No tenemos derecho a estar solos en algún sitio: no nos es lícito ni equivocarnos solos ni solos en-

contrar la verdad». Pero es cierto: aunque continuamente encuentren motivos para rebelarse contra una soledad que el mundo impone, los genealogistas siempre fueron seres solitarios. Quizá sea esta la causa por la que el narrador quiera buscar desde el primer momento un afecto de compensación intentando apoyarse en la frase de Marx: «Los filósofos no han hecho más que interpretar diversamente el mundo; ahora se trata de transformarlo» ¿Transformarlo *solos*? ¿Es lícito transformar desde la soledad? La perspectiva de la soledad abrumba al narrador hasta tal punto que se siente obligado a llamar reduccionista a Merleau-Ponty: «En todas partes hay advertencias sin nadie que advierta». Reduccionismo, sí, pero ¿quién de nosotros se siente libre, cuándo, dónde y para qué? De hecho, al final del cuento, el protagonista intérprete, ahogado por advertencias, sólo se reconoce como Destino. Un destino, un nombre, no un hombre. Hay que mentir para decir la verdad, decía Sartre. Tal vez tengamos que desbrozar alguna mentira si queremos entender por qué titula Calviño a ese cuento *La prosa del mundo*.

Todo el mundo romano carecía, según Hegel, de un arte bello, libre y grande. Era el terreno de la sátira, tornaron prosaica la mitología y Hegel dijo del Estado romano que era la prosa del mundo. La idea de Hegel era tan grata a Merleau-Ponty que escribió un libro al que tituló *La prosa del mundo*, destinado a completar su *Fenomenología de la percepción*. Merleau-Ponty decía que la gran prosa era el arte de captar un sentido que nunca había sido objetivado hasta entonces. También Calviño pretende hacer un esfuerzo inteligente por objetivar la metáfora. Por eso se llama a sí mismo en este cuento *Rastreador de grafos*. Pero no contento con ello, se define también, al estilo de Foucault, como genealogista o arqueólogo que registra índices, síntomas y señales de Poder. Calviño revestido de Marx, de Nietzsche, de Merleau-Ponty, de Foucault. ¿Tantos revestimientos pueden ser verdaderos? Me he guiado, dice Calviño, «por una objetividad de apocalipsis según la norma canónica de la ley de la Semejanza y la Similitud (conveniencia, emulación, analogía y simpatía)». Sin embargo, sabemos que la Semejanza, que las cuatro similitudes, desempeñaron un papel crucial en Occidente sólo hasta fines del siglo XVI. Entonces, *Convenientia*, *Aemulatio*, *Analogia* y *Sympathia*, permitían que lo mismo, como decía Foucault, siguiera siendo lo mismo y encerrado en sí mismo, es decir, que el mundo permaneciera idéntico. ¿Y ahora? Permítaseme que no conteste y pueda proseguir con Foucault. El arqueólogo del Saber también denominó con el título de *La prosa del mundo* al segundo capítulo de *Las palabras y las cosas*. ¿A quién creemos?, ¿con qué nos quedaremos?, ¿con la transformación de Marx, con la metáfora de Merleau-Ponty o con las similitudes de Foucault? Creemos a todos y a ninguno, nos quedaremos con partes, con fragmentos de cada una de esas categorías, siempre que eso pueda ser. Aceptemos entonces la Hermenéutica de Carnaval propuesta por Calviño y sigamos pensando en aquello que en otra ocasión advertía Foucault: «La obra representada sobre ese teatro sin lugar es siempre la misma: es aquella que indefinidamente repiten los dominadores y los dominados. Que unos hombres dominen a otros hombres y es así como nace la diferenciación de los valores; que unas clases dominen a otras, y es así como nace la idea de la libertad; que unos hombres se apropien de las cosas que necesitan para vivir, que les impongan una duración que no tienen, o que las asimilen por la fuerza, y tiene lugar el nacimiento de la lógica».